

nedicto, aunque encerrado en su palacio de Aviñon, no poco que hacer á los príncipes cristianos, á los cardenales, al clero, á los embajadores de Francia, de Aragon, de Castilla, de Nápoles y de Sicilia, queriendo los unos volver á su obediencia, estrechándole mas en su prision los otros, predicándose sermones en todas partes en pro y en contra de su legitimidad, haciéndose y deshaciéndose propuestas y negociaciones padeciendo grandes males la Iglesia universal, y no poca confusion los reinos cristianos, y prolongándose el cisma quanto mas se discurria cómo ponerle remedio. Cruzándose estaban en 1403 proposiciones de concordia y de paz, cuando el condestable de Aragon don Jaime de Prades halló medio de sacar de la prision al recluso pontífice, abriendo con mucho disimulo un boquete en la casa contigua al palacio apostólico. Por alli salió una mañana sin ser visto hasta la ribera del Ródano, donde le esperaba el cardenal de Pamplona con algunas compañías de gente de armas y una barca, en la cual se trasladó á Chateau-Renard. Volvióle entonces la obediencia los reyes de Francia y de Castilla: él proveyó arzobispados, se fué á Marsella, donde le acompañó el duque de Orleans, y con los cardenales de su colegio envió una embajada á Bonifacio IX. tratándole de papa intruso (1404). Nunca pareció la paz de la Iglesia mas distante que entonces, aunque la embajada se decia dirigida á tratar de la union.

Figuraron por lo menos los nuncios del papa Benito haber ido á Roma con propósito de tratar de la concordia de la Iglesia, y uno de los medios que proponian era que si alguno de los dos pontífices muriese desistiesen sus respectivos cardenales de elegir á otro. La circunstancia de haber perdido el habla el papa Bonifacio cuando esto se trataba, y de morir antes de los dos dias, hizo que fuesen presos los nuncios de Benito y encerrados en el castillo de Sant-Angelo, si bien lograron por precio de cinco mil ducados su rescate. Los cardenales de Roma se reunieron en cónclave y nombraron á Inocencio VII. sucesor de Bonifacio. Entonces el papa aragonés Benedicto, desde Niza donde se hallaba, mandó armar algunas galeras en Barcelona con ánimo de ir sobre Roma. El rey don Martin de Sicilia y el rey Luis de Nápoles pasaron á verle á Villafranca de Niza, y le ofrecieron acompañarle á Roma con sus armas. Mas como esta confederacion se hiciese á disgusto del rey de Francia y sin consentimiento del de Aragon, Luis de Anjou se apartó luego de ella, y don Martin de Sicilia se vino á Barcelona, donde fué recibido con grandes fiestas, creyendo que residiria en este reino y tomaria parte en el gobierno con su padre para sucederle despues de sus dias. Juró entonces el siciliano las constituciones y costumbres de Cataluña, mas como en su ausencia ocurriesen algunas alteraciones en Sicilia, enviáronle á llamar apresuradamente y se volvió con su armada á su reino (agosto, 1405).

Iba en estó creciendo el partido del papa aragonés de Aviñon, porque se le creia con resolucion bastante á acabar con el cisma aun con peligro de su persona. Embarcóse, pues, en Niza para Génova, en cuya ciudad, como en todos los pueblos de aquella costa, fué recibido en procesion solemne por el clero y el pueblo. Prestábanle obediencia cardenales y prelados que antes le habian hecho guerra en nombre de Bonifacio, y él comenzó á despachar letras á todos los príncipes invocando su favor y auxilio contra su adversario Inocencio, y los que él llamaba perturbadores de la paz de la Iglesia. En Génova celebró una consagracion general nada menos que de dos arzobispos, nueve obispos y treinta y ocho abades. Entre ellos se consagró su sobrino don Pedro de Luna arzobispo de Toledo. En este tiempo fué cuando hizo sus célebres predicaciones en Génova el insigne valenciano San Vicente Ferrer, con tanto aplauso de aquellas gentes, y con tal maravilla, que siendo sus sermones en lengua valenciana, movia y convertia á los estrangeros que hablaban diversas lenguas, lo mismo que si predicára á cada uno en la suya propia, al modo que en otro tiempo habia acontecido á los apóstoles. Daban una fuerza irresistible á sus misiones los milagros con que las acompañaba, curando enfermos y endemoniados con poner las manos sobre ellos, y haciendo otros prodigios que la iglesia española canta y celebra de este gran santo.

Sufria alternativas y vicisitudes la causa de Benito XIII. Enviábale compañías el rey de Aragon, pero la universidad de París se volvia á apartar de su obediencia; y una mortífera peste que se desarrolló en las ciudades de Italia y de que iban muriendo sus cardenales mas adictos, no le dejó parar ni en Noli, ni en Monago, ni en Niza, y le obligó á volverse á Marsella. Murió en esto el pontífice romano Inocencio VII. (1406), y los cardenales de Roma elevaron á la silla pontificia á Gregorio XII. En el cónclave habian convenido tambien y jurado que el papa que saliese electo renunciaria pura y sencillamente por el bien universal de la Iglesia, siempre que el antipapa Benito ó el que le sucediese hiciera igualmente resignacion de su derecho, y que entretanto no crearia ningun cardenal, sino hasta igualar el número de los que por la otra parte hubiese, para que entre ambos colegios pudiesen en un caso proceder á eleccion canónica. En efecto, Gregorio XII. se mostraba por su parte dispuesto á hacer este sacrificio en bien de la paz segun lo habia ofrecido á los cardenales⁽¹⁾.

En tal estado se hallaba este delicadísimo asunto, cuando murió la reina doña María de Aragon (diciembre, 1406), no dejando otro hijo varon que el rey don Martin de Sicilia, el cual al propio tiempo perdió el único fruto de su segundo matrimonio, reu-

(1) Historia de este cisma, por Raynal, ad ann.—Zurita, Anales, Dupuy y por Thieri de Niem.— lib. X., c. 68.

niendo así todas las probabilidades de juntarse en él las dos coronas de Aragón y de Sicilia ⁽⁴⁾.

Desde Marsella escribió el papa Benito al papa Gregorio, á quien llamaba intruso, asegurándole que estaba pronto á celebrar con su colegio de cardenales una reunion en lugar idóneo y seguro con él y con los que se decian cardenales de su obediencia, para tratar los medios de paz, renunciando, si era preciso, su derecho al pontificado, para poder venir á una eleccion única de romano pontífice. Gregorio accedió también á ello, y envió sus nuncios á Marsella para que acordasen el lugar y tiempo en que se habian de reunir (1407); pero de cinco ciudades que por ambas partes se propusieron no pudieron conformarse en ninguna. Eligióse finalmente la ciudad de Salona, y convínose en que para la fiesta de Todos los Santos cada papa concurriria con veinte y cinco prelados, doce doctores en leyes y otros tantos maestros en teología. El papa Benito acudió allí en el plazo concertado, pero el papa Gregorio se escusó de no poder asistir á causa de no tener aquel lugar por seguro. Parecia esta cuestion interminable, siempre por la falta de voluntad de alguno, cuando no de los dos gefes en que se hallaba dividida la cristiandad. Con esto mientras el pontífice Benito recorría los puertos de Génova y Portvendres con siete galeras mandadas por el

(4) Por este tiempo falleció segun veremos en la historia de también Enrique III. de Castilla, este reino.

condestable de Aragón y almirante de Sicilia Jaime de Prades, el mismo que le sacó de la prision de Aviñon, el pontífice Gregorio en Luca contra lo tratado y contra la voluntad misma de su colegio creaba nuevos cardenales, y se alejaba mas y mas la concordia. Ya los cardenales de una y otra obediencia vieron la necesidad de entenderse entre sí y reunirse para acordar la manera de estirpar de una vez el funesto cisma que tanto se prolongaba en daño y detrimento de toda la cristiandad, y trataron de celebrar un concilio general en Pisa. Hubo también sobre esto debates y escisiones grandes, queriendo unos que asistiera al concilio el papa Benito, otros que se celebrara sin él.

Por último acordaron los de una y otra obediencia convocar el concilio general sin orden ni consulta de ninguno de los que competian por el pontificado, escudándose con lo extraordinario y apremiante de las circunstancias, en que no podia seguirse ley ni regla alguna (1408): siendo su resolucio que lo que en aquella asamblea se determinase habia de ser aceptado por todos. Quedó, pues, convocado el concilio general para el 25 de marzo siguiente (1409) en la ciudad de Pisa.

Viendo esto el papa Benito, y que además su adversario Gregorio habia puesto en armas toda la Italia, determinó retirarse á Perpiñan, donde con los cardenales que le quedaban y otros que creó de nuevo, congregó un concilio, que llamaba también general,

para oponerle al de Pisa. Llegaron á reunirse en Perpiñan hasta ciento veinte prelados de los reinos de Aragon y Castilla, y de los condados de Foix, de Armagnac, de Provenza, de Saboya y de Lorena. «Con esta division y contrariedad, dice el autor de los Anales de Aragon, permitió Nuestro Señor, por los pecados del pueblo cristiano, que su Iglesia padeciese en esta tormenta tanta turbacion.»

Al fin en el concilio de Pisa, á que asistieron cuatro patriarcas, doce arzobispos y ochenta obispos, se hizo eleccion de Sumo Pontífice (23 de junio, 1409), que recayó en el arzobispo de Milan, y se llamó Alejandro V., siendo declarados cismáticos Benito y Gregorio. El antipapa Benito, á quien parecia seguir por todas partes la epidemia, salió de Perpiñan en el mes de julio huyendo de la peste, de que habian muerto ya repentinamente algunos de sus prelados, y se vino á Barcelona, y se aposentó en el palacio del rey que estaba en las afueras de la ciudad. Si la gran decision del concilio de Pisa no restableció pronta y totalmente la paz y la unidad en el mundo cristiano, fué por lo menos el principio de ella, y aquel sínodo preparó la obra que habia de acabar el de Constanza. Solo los reyes de Nápoles y de Baviera permanecieron fieles á la causa de Gregorio XII., como solos los de Aragon y Castilla persistieron en la obediencia de Benito XIII.: el resto de la cristiandad acató la decision del concilio y se sometió al nuevo pontífice.

Este murió á poco tiempo en Bolonia (3 de mayo, 1410), y en su lugar fué elevado á la dignidad pontificia Baltasar Coxa con el nombre de Juan XXIII.

Al tiempo que asi marchaban los negocios de la Iglesia, el rey don Martin de Sicilia, jóven de grande ánimo y corazon, ejercitado en la guerra y diestro en las armas, teniendo su reino en paz, y sin temor de inmediato peligro, quiso acabar tambien de someter la Cerdeña y sacarla de aquel estado de inseguridad continua para Aragon. La ocasion era favorable, puesto que habiendo muerto sin sucesion el último descendiente de los jueces de Arborea, reinaba la mayor division entre los sardos disidentes. Salió pues de Trápani con diez galeras, y desembarcó en Alger, donde esperó la flota aragonesa que debia enviarle su padre (octubre, 1408). Asustaba al de Aragon ver al heredero de ambos reinos meterse tan de lleno en los peligros de la guerra en el insalubre suelo é infectada y mortífera atmósfera de Cerdeña. Mas viéndole tan empeñado en la demanda, y con resolucion de no salir de la isla hasta acabar su conquista, convocó córtes de catalanes en Barcelona para apresurar la expedicion de una armada, cual para aquella empresa se requeria. La mayor parte de la nobleza de Cataluña y Aragon quiso tomar parte en aquella jornada, y hasta el papa Benito envió cien hombres de armas al mando de su sobrino Juan Martinez de Luna. Partió pues de Barcelona en la primavera de 1409